

ADAM BLADE

# AQUA FIERAS

¡CROMOS  
COLECCIONABLES  
DE REGALO!

DESTINO

TETRAX  
EL COCODRILO DEL PANTANO

# TETRAX, EL COCODRILO DEL PANTANO



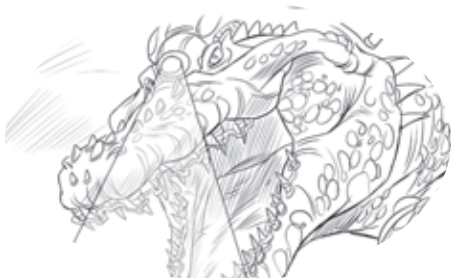
ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

**DESTINO**

# *Un agradecimiento especial a Brandon Robshaw*

*Dedicado a Samuel Robin Beeson*



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Tetrax. The swamp crocodile*  
© del texto: Beast Quest Limited 2014  
© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,  
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2014  
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: julio de 2019  
ISBN: 978-84-08-21074-0  
Depósito legal: B. 14.199-2019  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# CAPÍTULO UNO

## EL DESPERTAR

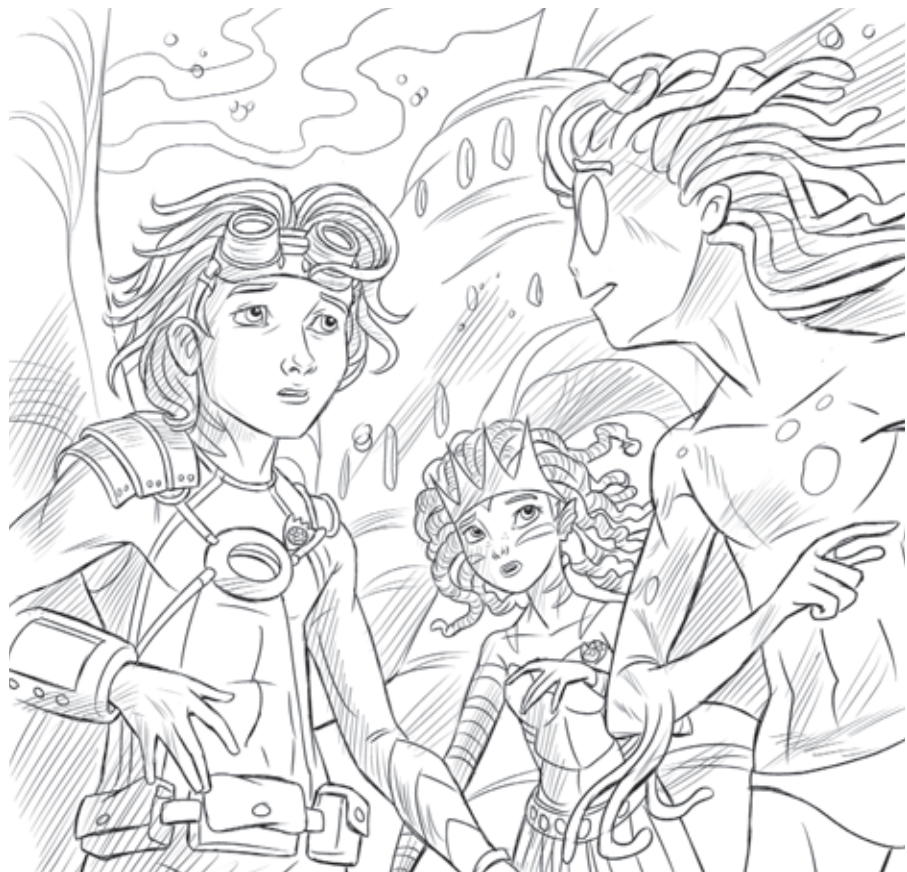


— ¡Adiós! —dijo Max.  
— ¡Que tengáis buen viaje! —añadió Lia.

Ko, el fantasma marino, sonrió. Era una criatura de un color blanco lechoso, y de resplandecientes ojos verdes... Pero Max pensó que hoy parecía un poco triste.

—Adiós, amigos —se despidió él—. Gracias por acogernos en vuestra maravillosa ciudad.

Lia sonrió. Max sabía que le encantaba



oír alabanzas de su ciudad. Ko había pasado varios días en Sumara. Habían disfrutado mucho llevándolo a pasear por la parte alta del océano, como él la llamaba, pero había llegado el momento de regresar a su casa, a la Cueva de los Fantasmas.

—¡Nos volveremos a ver pronto! —dijo Lia.



Ko apartó un matorral de algas que crecían en el fondo marino, y Max vio debajo de ellas una grieta oscura. Parecía demasiado pequeña como para que pudiera caber, pero el fantasma marino podía introducir su cuerpo sin huesos por los espacios más estrechos. Lo vieron nadar por la grieta, fino como una costilla. Luego desapareció de su vista.

—Pues ya está —dijo Max, y por un momento se sintió vacío. «Te voy a echar de menos, Ko», pensó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Regresar a Sumara y relajarnos —propuso Lia—. Ya es hora de que nos tomemos un descanso. Me muero de ganas de volver a machacarte jugando al chantra.

El chantra era un juego de Sumara, algo parecido al ajedrez, para el que se utilizaban piezas de coral de colores. Lia se lo había

enseñado a Max. Todavía no era tan bueno como ella, pero cada vez se le daba mejor.

—¡Casi te gano la última vez! —protestó Max.

—¡Y es lo más cerca que vas a estar de ganarme! —dijo Lia riendo.

Max se montó en su nueva moto acuática. La había recuperado del cementerio de Sumara, donde los habitantes de la ciudad abandonaban toda la tecnología de los respiradores que se encontraban y que no querían. La había arreglado él mismo: le había puesto una carrocería blindada que cubría todo el chasis, unos propulsores para aumentar la velocidad y una bocina nueva. Max tocó un botón y sonó el inicio de la que era su canción pop favorita cuando vivía en Aquora.

Lia chasqueó la lengua mientras se montaba en el lomo de su mascota, el pez espada

*Spike*. Se agarró con las manos a sus orejas y salieron disparados.

Tras soltar una carcajada, Max accionó el acelerador y la alcanzó. *Rivet*, su perrobot, nadaba a su lado con los propulsores a toda máquina para seguirlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Max—. ¿No te gusta?

—Es horrible —respondió Lia.

—¡Pero si es *Vive para siempre*, de los Tiburones Psicóticos!

—No he oído hablar de ellos —dijo Lia—. ¡Ni quiero! Los respiradores no sabéis nada de música.

—¿Ah, no?

Max volvió a tocar la bocina, y Lia se alejó de él. El chico la siguió, todavía riendo.

—¡Para ya! —pidió Lia—. Si vuestra tecnología sirve para fabricar un ruido tan horrible como ese...



—¡La tecnología sirve para muchas cosas!  
—la corrigió Max. Aminoró la velocidad y sacó unos auriculares del bolsillo. Llevaban un micrófono incorporado. Los había fabricado durante la estancia de Ko—. ¿Qué me dices de esto?

—¿Qué es? ¿Una especie de sombrero estúpido?

Max suspiró.

—Es un intercomunicador sumergible de larga distancia —le explicó—. He incorporado un chip a la cabeza de *Rivet* para que pueda coger la señal. ¡Mira!

El perrobot estaba jugando con un banco de peces plateados, bastante lejos. Max encendió el intercomunicador y habló al micrófono.

—¡Hola, *Rivet*!

Este se volvió de inmediato hacia Max.

—¿Sí, Max?

—Busca un trozo de coral y tráemelo.

—¡Claro! ¡Enseguida!

*Rivet* olisqueó por el fondo marino y luego nadó hacia su dueño con los propulsores a toda pastilla. Dejó un trozo de coral en el regazo de Max.

—¿Lo ves? —le dijo este a Lia—. ¿Qué te parece?

—Muy ingenioso —admitió Lia, sin demasiada emoción—, pero completamente inútil.

Una sombra les pasó por encima. Max miró hacia arriba y se sobresaltó al ver una enorme criatura. Era un pez gigante, redondo y puntiagudo. Sus pálidos ojos los miraban fijamente. Le sobresalían unas espinas curvadas por todos lados. Abrió la boca y pudieron ver dos hileras de dientes afilados como cuchillas...

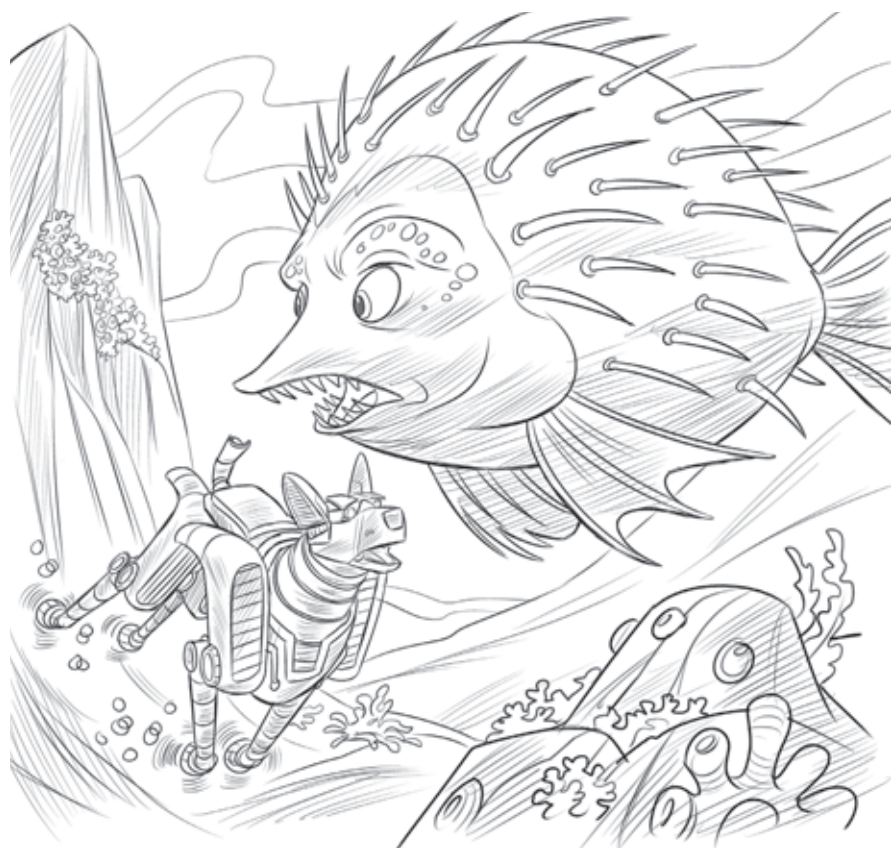
*Rivet* soltó un ladrido electrónico.

—¡Pez malo!

## AQUAFIERAS

Max frenó. En ese momento se felicitó por haberle añadido una carrocería blindada a la moto acuática. *Rivet* ladró a la criatura y pataleó hacia ella.

—¡Quédate aquí, chico! —dijo Max—. Es tan grande que podría tragarte entero.



El perrobot continuó gruñendo.

—No creo que sea peligroso —observó Lia.  
Ella y *Spike* siguieron a *Rivet*.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Max.

—No, pero no parece peligroso.

La criatura se quedó mirando cómo Lia se aproximaba. Por un momento, Max pensó que se estaba alejando de ella, pero luego se dio cuenta de que en realidad se estaba encogiendo. Sus espinas se introdujeron en sus costados y desaparecieron. Pronto se había hecho más pequeña que *Spike*.

—Ya, ya —dijo Lia, con voz de arrullo—. Pobre criaturita. —Se le acercó y le acarició la cabeza. Al momento se acurrucó—. Es un pez globo. Un alevín, tiene menos de un año. Se había hinchado porque tenía miedo. Se ha separado de su banco, está perdido.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Max.

—Bueno, pues... —Lia se tapó la boca con la mano—. ¡Puedo leer sus pensamientos! —Sus ojos brillaron de la emoción—. ¡Por fin me están llegando los aquapoderes!

—¿Qué quieres decir?

—Les pasa a todos los merryn cuando alcanzan una cierta edad. Lo llamamos el despertar. Luego, a medida que nos hacemos mayores, nuestros poderes se hacen más fuertes.

—¡Hala, qué pasada! —exclamó Max—. ¡Felicidades!

Lia estaba radiante de alegría.

—Le voy a mandar un mensaje —dijo—. Mira.

Se quedó mirando fijamente al pez con la frente arrugada por la concentración. De repente, el pez globo empezó a nadar en círculos.

—¡Funciona! —dijo Lia— ¡Le pedí que hiciera eso! Y esto es solo el principio. Pron-

to podré hablar con todos los animales del océano.

«Igual que mis cascos —pensó Max—. ¡Y ella dijo que era totalmente inútil!» Pero no quiso estropearle ese momento especial a Lia.

Los ladridos de *Rivet* aumentaron de volumen y se abalanzó sobre el pez globo. El animalillo salió pitando y el perrobot empezó a perseguirlo.

—¡*Rivet*! —le gritó Max a través del comunicador—. ¡Vuelve aquí!

Este regresó, lentamente.

—¡Pez globo malo! —ladró.

—¡Déjalo ya! —le pidió Max—. Tengo mis dudas sobre si colocarle ese chip ha interferido en sus circuitos de agresividad. Tengo que echarle un vistazo.

Lia no estaba prestando atención.

—Lo siento —le estaba diciendo a *Spike*—. No te lo tomes a mal. —Lo acarició y se di-



rigió a Max—: Se ha ofendido porque le he hablado al pez globo antes que a él. Siempre supe que era muy sensible. Pero ¡es mucho más divertido poder hablar con él!

¡PIIIP PIIIP PIIIP PIIIP!

El intercomunicador de Max se volvió loco de repente y una voz le explotó en los oídos. «¡SÁLVANOS! ¡SÁLVANOS! ¡SÁLVANOS!», decía, en la lengua de Aquora, luego en merryn y después en varios idiomas que Max no reconocía.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Lia—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —contestó Max—, pero parece que alguien tiene problemas.